



Obra: HOMENAJE A SARTRE. Dibujo sobre papel.

Sobre la tierra Cuento

Michel Torres

Editora y traductora independiente

Desde donde estaba parado, el hombre podía verlo todo. Pero este pequeño dominio no le daba el poder que pensó que recibiría. De hecho, lo que al principio parecía ser una ventaja sobre los demás, resultó, con el paso del tiempo, una mala idea. El sol del mediodía le hacía imposible mantenerse quieto: sentía las gotas de sudor recorrerle la espalda, el cuello, las axilas. Incluso podía sentir las brotándole entre los cabellos, debajo del casco, humedeciendo su piel en el recorrido hacia la nuca y la cara. No importa cuántas veces lo enjugara, el sudor parecía cubrirlo permanentemente, y aunque, como soldado que era, lo entrenaron durante años para mantenerse firme, hacía mucho tiempo que su resistencia se había terminado. Se desesperaba y cambiaba de postura: aflojaba una pierna mientras se apoyaba en la otra. Pero no soltaba el fusil ni se permitía el descuido de apoyarlo en el suelo. Era su única defensa contra los otros: el cetro que lo convertía en soberano del montículo de ruinas sobre el que estaba parado. Si por un error se dieran cuenta de su debilidad, le perderían el respeto y se iban a acercar, lo iban a quitar de ahí. Y las órdenes fueron muy claras: nadie puede entrar, nadie toca nada, no se van a tolerar actos de rapiña.



El día anterior, despierto desde antes del amanecer, estaba sumido en su rutina diaria cuando la tierra empezó a mecerse. Como a toda la gente de la ciudad y algunos pueblos cercanos, el temblor lo tomó por sorpresa no sólo por su naturaleza impredecible sino por todo lo que causó. En compañía de su regimiento, disfrazó mientras pudo y como pudo el miedo que sintió cuando el suelo se sacudía con fuerza: pasó de fingir que no se daba cuenta a bromear sobre una pretendida borrachera. Pero cuando el minuto que amenazaba con volverse eterno finalmente concluyó, se hizo evidente para todos quienes lo sobrevivieron que habían sido testigos de una de esas historias que parecen leyendas, anécdotas contadas por voces viejas y aterrorizadas en el recuerdo, que repiten de una generación a otra una letanía de susurros para no perder la memoria, pero siempre evitando su nombre verdadero.

Todas las cosas se alteran cuando la tierra se sacude de esa manera. Todo orden se rompe, toda cotidianidad se desarma en miles de momentos que, vistos de uno en uno, pierden su sentido, la razón de ser que antes había sido incuestionable. Y era en ese desorden iniciado el día anterior, extendiéndose sobre la ciudad como si fuera un manto de tiniebla, de gritos y de llanto, que el hombre se vio obligado junto con su tropa a cuidar alguno de los múltiples derrumbes, ya que después de un caos inicial, se resolvió que las fuerzas armadas debían intervenir.

Pero las órdenes no decían cuándo acabaría la guardia, cuándo sería relevado o qué hacer además de estar parado ahí. Tampoco le avisaron que era inevitable que se aburriera, a pesar de las circunstancias. Mucho menos lo previnieron sobre el hambre ni el miedo. Y aunque nadie se lo dijo, era muy claro que estaba cuidando un montón de escombros que hasta ayer eran la casa de alguien que probablemente seguía ahí, debajo suyo, separado de él por pedazos de muro y loza que ahora eran una plataforma recalentada por el sol. La plataforma desde la cual veía a todos los que habían podido salir, a todos los que habían presenciado el colapso de su vida y sus esperanzas. Y todos ellos, a su vez, podían verlo también desde un sitio privilegiado: levantando la mirada

descubrían la solitaria figura de un hombre temeroso. Después de todas las horas que había estado ahí parado, en su interior se libraba una batalla entre las órdenes y la realidad. Todo su interior se revolvía y sentía al mismo tiempo muchas cosas, hasta que le quedó bien claro que estar ahí parado era la cosa más inútil que había hecho en la vida. Fuera de él, bajo el sol y sobre la tierra, la tensa calma construida sobre su pretendida autoridad se fracturó, igual a como horas antes los muros y los techos se habían venido abajo. “Infeliz”, escuchó que le gritaron. “Abajo hay gente viva, podemos sacarla”.

Trató de ubicar al dueño de la voz, pero no pudo: a su alrededor había una multitud, cada vez menos temerosa de su fusil, de su poquito poder.

“¿No oyes que gritan? ¡Siguen vivos!”, gritó una mujer, con voz angustiada y aguda. “No tendrás madre, cabrón”, terció otra voz, ronca, temblorosa de coraje.

Miedo. La palabra le palpitaba entre las sienes mientras empezó a sentir como si una sustancia espesa y fría le corriera por las venas, brotándole del centro del pecho y paralizándolo sus extremidades. Tenía miedo de ver las caras de las personas que se acercaban: incontables pares de ojos ardiendo de ira a través del polvo y el sol. Miedo que ascendía desde los escombros y le reptaba por las piernas, rodeándolo. Y es que sí, sí los escuchaba gritando bajo sus pies; sí, gimiendo de dolor y de sed, de miedo; sí, pidiendo ayuda, reventándose la garganta de desesperación. Pero sobre todo, por encima de él y el lugar donde estaba y el sol inclemente, sintió el miedo que sienten todos los hombres cuando se dan cuenta de que están solos, pues nacen y mueren solos y ninguna circunstancia acaecida durante el breve periodo de una vida cambia el hecho de que la muerte es un asunto individual, íntimo. Porque él estaba solo completamente: tan solo y tan abandonado a su suerte como todos los infelices que agonizaban mientras él estaba ahí parado, sin saber qué hacer, sin nadie a quién preguntarle. Y esta última certeza la sintió en las entrañas, en la garganta, como un dolor que venía desde lejos y desde hace mucho tiempo, primitivo y poderoso, que lo empequeñecía ante sí mismo.



Empuñó el fusil y disparó al cielo, pero no sirvió de nada. Los gritos bajo sus pies se reiniciaron ahora que los sobrevivientes sabían que había alguien ahí, que los escuchaban. Si hubiera podido ver en cada uno, habría visto que en los incontables pares de ojos a su alrededor brillaba la certeza; la multitud había decidido que no tenían nada más que perder, todo era escombros y él, pobre individuo muerto de hambre y de duda, era el único obstáculo entre ellos y los pocos que se pudieran salvar, lo poco que se pudiera rescatar.

Alguien aventó una piedra que cayó a sus pies y él supo que, si no lo alcanzó, no fue por falta de puntería: era al mismo tiempo una advertencia y una señal. Sin pensarlo, de un salto bajó del montículo. Apenas estuvo de nuevo sobre el suelo, salió corriendo y se perdió de vista entre las calles reventadas en escombros.

Recepción: Mayo 22 de 2015

Aceptación: Junio 30 de 2015

Michel Adriana Torres Gutiérrez

Correo electrónico: michel.torresg@gmail.com

Mexicana. Egresada del doctorado en letras hispánicas por el Colegio de México. Actualmente se desempeñó como editora y traductora independiente en Toronto, Canadá.